

## Fernando Diez de Medina

Ensayo publicado en el libro El Velero Matinal, año 1935

### CAMPERO O EL DEBER

"Imaginad que veis los personajes  
mismos de nuestra noble historia,  
tales como fueran en vida."  
SHAKESPEARE

**B**olivia es un pueblo que se busca a sí mismo.

En la lejana línea del confín se esfuman las sombras coléricas del pretérito arbitrario y tumultuoso. Pasaron los hombres que, ebrios de libertad, desconocieron su propio destino sucumbiendo al imperio de la conmoción popular intermitente, regida por el énfasis teatral del caudillo inculto y temerario. Vencido el término de la etapa romántica, se hace la luz sobre las masas amorfas que ayer crucificaron la espada y la ignorancia.

Un ritmo de transición nos imprime su brusco vaivén. Como el adolescente ansioso de abandonar sus vivencias infantiles para entrar a ser hombre, pugnamos por desasirnos del influjo primitivo para marchar libremente a la futura madurez. No hemos dejado de ser un pueblo niño, ni somos todavía una nación consciente de sí misma. Vivimos una edad de tránsito en que el espíritu, absorto, descubre todos los minutos las fuerzas que el pasado le ocultó; comprueba su presencia pero no las entiende y está muy lejos aún de dominarlas.

En estas primeras reacciones ante el mundo del contorno que a veces originan, por incidencia, rápidas y sobresaltadas fugas al universo interior, se anuncia el advenimiento de la juventud, esto es de la salud vigorosa y fortificante. Con la presencia de la juventud sobreviene el hecho más profundo en la significación histórica de los pueblos: nace la conciencia. Lejos de limitarse a la actividad intrascendente del instinto, el hombre comienza a interrogar; en la interrogación halla la duda; y de este ejercicio de la inteligencia que analiza sus problemas y plantea sus soluciones particulares, afrontando deliberadamente las características vitales, se forma los que denominamos una cultura.

Genéticamente, como cualquiera sociedad humana que empieza el aprendizaje para ser una nación, se transforman nuestros sistemas políticos, sociales y económicos. Se expanden las industrias. Las redes camineras vinculan todas las zonas productoras del país. Crece el comercio. Se extienden nuestras relaciones internacionales.

Más donde se evidencia que principiemos a expresarnos en un lenguaje propio, es en el proceso télico, es decir ya no en la germinación natural de los hechos, sino en el propósito con que el espíritu rige sus actos encaminándolos hacia un fin determinado. En el análisis histórico, en lo arquitectónico, en lo musical, en lo literario y en lo pictórico, se siente la invasión poderosa de un sentimiento colectivo que aspira a fijar, mediante formas particulares, las características de la vida boliviana.

Esta aparición de la conciencia como fenómeno representativo de una minoría colectiva, tuvo lugar medio siglo atrás. Es en 1880 donde por primera vez los bolivianos afirman su deseo de ser nación. Y ninguna figura más significativa para estudiar esa aurora inicial del alma boliviana, como la de Narciso Campero, militar y hombre de ley, imagen trascendente del perfecto ciudadano, porque supo enseñar el culto del deber al individuo, abriendo el camino a la creación de la conciencia popular.

Nuestros historiadores, pragmáticos empedernidos o sociólogos irrenunciables cuando no frívolos jueces surgidos al amparo del chisme callejero y del suelto periodístico, carecieron de la pupila flexible que tras de vislumbrar el conjunto panorámico, se ejercita luego en el examen de grandes y pequeños trazos. Se diría que la ley del contraste les fue ignorada; y acaso por ese desconocimiento del claroscuro, donde se insinúa la causa invisible al ojo que solo se detiene en los colores encendidos, lamentamos hoy el carácter puerilmente episódico de nuestra historia, detenida en los umbrales de la psique nacional y pintorescamente engalanada con los furores pasionales de los ingenuos comentaristas, que no trepidan en erigir o derribar figuras al solo impulso de su inapelable voluntad.

En los anales del pasado nuestro — salvando escasas excepciones— hay un fragor de aguas que se quiebran con estrépito, como un río impetuoso donde fuera imposible navegar, porque hombres y hechos son olas que perecen en tremenda confusión.

Al acercarnos a nuestras grandes figuras, valiéndonos del texto histórico, salimos desolados: si nó la consagración excesiva que degenera en lo ridículo, asedia la miopía incomprensible que se detiene sobre el filo de las cosas, cuando íbamos a exigir su explicación.

Campero, como otros hombres prominentes, no ha sido fielmente expresado en nuestra historia. Detrás del militar o del estadista se escondió al hombre, que sus contemporáneos no estuvieron preparados para comprender.

Pero existen procedimientos eficaces para sustraerse a las pueriles perspectivas de nuestra pseudo historia.

Frecuentando bibliotecas, leyendo la prensa de su tiempo. Estudiando su epistolario inédito, analizando sus documentos públicos, examinando serenamente cuanto dijeron sus escasos amigos y sus numerosos enemigos, comenzamos a ver claro. Habrá que sumergirse luego en un frondoso bosque de papel impreso, hasta impregnarse del ambiente adhesivo en que le cupo actuar; deducir muchas observaciones de la manera cómo reaccionaban sus contemporáneos ante su recto proceder; inducir las diversas fases psicológicas a través de las cuales se fue organizando su conciencia. Para aprehender al hombre, en último término, se indagará en su vida con la fervorosa atención del investigador que busca en el mínimo detalle, a veces en el ala de seda del matiz, todas las manifestaciones de la verdad, tendiendo siempre a buscar la trama oculta de las influencias, donde reposa el centro de gravedad del individuo.

Después vendrá la etapa más dura, la síntesis reconstructiva de que tan alejados anduvieron nuestros insignes historiadores. En el claror de las andanzas matinales, en el silencio de las tardes pensativas, en la profundidad del cielo anochecido, largos soliloquios con ayuda de la naturaleza que abre la inteligencia y aguza la sensibilidad. Así, entre certeras intuiciones y paulatinas conjeturas, la verdad se acercará lenta pero seguramente, porque es innegable que el pasado solo se nos revela cuando somos dignos de acercarnos a su vera, tal como lo presentía Nietzsche al afirmar que la antigüedad habla con nosotros cuando ella quiere, no cuando nosotros queremos.

Cumpliendo el laborioso aprendizaje, practicada la severa disciplina, nos será dado penetrar en el tiempo. Y en tanto los perfiles deformados y borrosos del personaje histórico se esfuman a la distancia, veremos crecer rápidamente es estatura al hombre de adentro, a quien representa el primer indicio de conciencia en la formación del alma nacional.

Solía decir Monseñor Taborga, sagaz conocedor de gentes, esta frase que da la mensura episódica del Homero del 80: "Las aventuras y peripecias de la vida de Campero son, por numerosas, extraordinarias y pintorescas, más que las de Ulises."

Bastaría el juicio para sospechar la dificultad de abarcar en pocas páginas la figura camperiana, difícil de reducirse a la síntesis por lo accidentado de su vida y lo complejo de su espíritu, que siendo en apariencia simple, se desplazaba mucho más lejos de cuanto pudieron presumir admiradores y folicularios. Pero es necesario miniar esa figura y destacar su perfil, antes de introducir al lector a su presencia.

Sintéticamente, los datos inmediatos que cualquiera puede encontrar a simple vista, para formarse una idea general, son éstos:

Narciso Campero nace en 1813, en la casa solariega de los Marqueses del Valle del Tojo, siendo hijo de don Felipe Campero primo del Marqués, y de doña Florencia Leyes, de ascendencia aragonesa.

Estudiante de Derecho, se decide finalmente por las armas. Subteniente en la primera guerra internacional del país, hace la campaña a órdenes del General Brown: Humahuaca, Iruya y Montenegro, ganando los galones de Teniente y de Capitán. Pocos más tarde iniciará la defensa nacional contra la segunda invasión extranjera, ascendiendo a Comandante por su valeroso desempeño. Concluida la campaña que liquidó el triunfo de Ingavi, obtiene el grado de Teniente Coronel.

Viaja a Europa como Primer Secretario de Legación en Francia. Renuncia a la actividad diplomática y social para perfeccionar sus conocimientos militares y dedicarse al estudio científico arduamente. Conoce España y Prusia. Se gradúa de Ingeniero Civil en la Escuela Politécnica de París. Cuando Inglaterra y Francia declaran la guerra a Rusia, ofrece sus servicios profesionales, pero el gobierno de Bolivia lo llama y retorna a la Patria. Rinde examen de abogado y obtiene el título en provisión nacional.

Elegido diputado por Potosí, los revolucionarios lo apresan y está a punto de perder la vida. Acompaña al Dictador Linares desempeñando funciones administrativas. Siendo Prefecto en la misma ciudad, se niega a rendir la plaza que otra revolución ha capturado, salvándose milagrosamente del fusilamiento. En 1861 desconoce al Triunvirato. Caído el Dictador, rompe su espada y retorna a Europa.

Es ya Coronel. Acompaña a Melgarejo cuando nada hacía suponer aun al futuro tirano. Interviene temerariamente en la revolución contra Belzu. Ayudante General del Mandatario, después Prefecto de La Paz, es leal al Gobierno y nuevamente correrá grave riesgo su vida cuando las turbas se rebelan contra Melgarejo. Decepcionado de la política del déspota a quien no puede conducir por la buena senda, Campero rompe con el presidente y otra vez solo un designio providencial lo salva del patíbulo. Es desterrado. Trabaja en Buenos Aires como abogado.

Alzados los pueblos contra la tiranía, regresa al país y vence en Alpacani a las fuerzas melgarejistas. Caído el déspota, es elegido nuevamente Representante Nacional. Más tarde Ministro de Guerra durante el gobierno de Morales. Ascende a General. Es agente financiero en Europa.

Casa en 1872 con doña Lindaura Anzoátegui una de las bolivianas más ilustres del siglo XIX. El gobierno de Daza lo persigue y lo hostiliza duramente.

Al estallar la tercera guerra internacional que debe afrontar Bolivia abandona el reposo hogareño y pide un cargo en el Ejército. Organiza y dirige la 5ª. División. Un año después, depuesto el Presidente Daza, los pueblos de Bolivia, por aclamación, designan a Campero Presidente Provisorio. El 26 de mayo de 1880 es Supremo Dictador de la Guerra y comanda a los ejércitos aliados en la trágica jornada del Campo de la Alianza.

Perdido el combate, la Convención Nacional. Constituida por los hombres más representativos de esa época, lo elige Presidente Constitucional de la República.

A los 69 años Campero organiza un segundo ejército venciendo con indomable voluntad todos los obstáculos y la miseria reinante. Administra austeramente el país en estos años decisivos de restauración. Da elecciones libres — ejemplo único en nuestra historia — entregando el mando con rectitud romana, a su adversario político y personal con quien sustenta un pleito por cuantiosos intereses. Es elegido Senador por Potosí. Septuagenario, seguirá ocupándose de la política internacional y de los temas educacionales, tópicos predilectos de su preocupación ciudadana.

Muere a los 83 años, pobre pero limpio, sin que sus compatriotas hubieran comprendido su grandeza interior.

Este es el perfil tosco, sintético y escueto de la realidad externa.

Detrás de tales datos inmediatos de su vida, que poco dicen en la trivialidad del acontecer histórico, descubriremos la mensura escondida del hombre, su fuerza moral, luz fulgurante que oscureció medio siglo la lóbrega fermentación del pasado, pero que comienza ya a iluminar la atmósfera boliviana.

¿Qué es de los primeros besos maternos que fueron míos y no conocí?

¿Qué es del sueño que de mi frente infantil nació para mi padre?

¿Y mi padre, que murió cuando yo buscaba mi alma, jamás sabrá que la encontré y existo?

En estas frases, que Leonardo Coimbra pone en su ensayo sobre el Dolor, está contenida la niñez de Campero.

Privado de la ternura materna, lejos de la segura protección del padre, el niño busca su camino por sí solo, ceñido por esa noble melancolía que anticipa una prematura gravedad. Estos ojos que carecen de otros que velen por ellos, son los que ven más lejos. Estas manos que no encuentran asidero aprenden a crisparse para el combate. Este corazón abandonado se expande hacia dentro, cuanto más cerrado es el contorno donde vive.

El niño asiste a los trajines de la guerra emancipadora. Sus primeras impresiones se fijan en torno a las campañas de los generales peninsulares y las guerrillas de los patriotas altoperuanos.

Son los tiempos legendarios en que la audacia, un gesto temerario, la desesperación, deciden las batallas. Se escucha el fragor de los combates lejanos. Resuena el estrépito de la metralla. A veces pasan tropeles de jinetes en galope huracanado; o cruzan montones de infantes en desordenada fuga. Soldados profesionales que luchan por el Rey y masas de criollos que defienden su independencia. En los sueños del niño se alzarán, alternativamente, las figuras de aquel Jerónimo Valdez, caballeroso y brillante militar español y de ese otro nobilísimo guerrero americano que se llamó Antonio José de Sucre. Frente a los desmanes del "Barbarucho", cruel persecutor de los patriotas, las hazañas del guerrillero don José Miguel García Lanza. Y entre los triunfos de unos y las caídas de otros, la mente infantil se poblará con este mundo vigoroso de bélicas acciones que el azar pone en su vida. Tal la niñez de Narciso Campero, sinfonía heroica donde resuenan las pasiones de dos pueblos, mientras los hombres juegan su destino airadamente.

El alma del pequeño observador se satura con rapidez de ese aire impetuoso y juvenil que trae la libertad. Ha visto los sacrificios humanos por emanciparse del yugo extranjero; y no olvidará jamás la ofrenda sacra de los que cayeron para afirmar la vida de los que vendrán.

Estudiante en el Seminario de Chuquisaca, asiste un día a la entrada del Gran Mariscal de Ayacucho. La noble expresión del soldado, su bondadosa fisonomía, la dulce humanidad de sus ojos, seducen hondamente al muchacho. De entonces para siempre, será el arquetipo de su infancia apasionada y el supremo mentor espiritual de su prosecta madurez. Las palabras del filósofo clarifican esta innata simpatía que es ya segura promesa de superación: "La pasión de cada hombre por un cierto ejemplar humano, no es más que el reconocimiento, en ese tipo, de la mejor parte de su alma, subida de la profundidad del deseo, al sol de la realidad."

Una tarde de abril de 1828, el niño atisba el desarrollo del combate de las fuerzas leales contra los amotinados que apresan al Presidente Sucre. Aunque el movimiento es reprimido con energía, quedan dos hechos suficientes, por sí solos, para orientar una conciencia que principia a conocer el mundo: Lanza, el insigne combatiente de la Guerra de los Quince Años, rindiendo la vida en defensa del orden legal; y Sucre, roto el brazo de Ayacucho por un tiro de los amotinados, recibiendo con filosófica amargura el terrible latigazo de la ingratitud.

Así nace en Campero, con el espectáculo de la vileza humana, el sentimiento de la debilidad del justo; y éste es el instante en que el niño comienza a razonar, comprendiendo instintivamente que es necesario educar a los pueblos como a las criaturas, para que no se rebelen contra las leyes de la naturaleza.

Más tarde, el adolescente fluctuará dos tendencias diametralmente opuestas: el guerrero y el hombre de ley.

La turbulencia de su tiempo, la revolución permanente, la debilidad internacional, lo conducen a la carrera de las armas; la ignorancia, la pobreza moral, el desborde de los instintos para aprender por los caminos de la cultura, para aprender a fin de enseñar después. Y entre estas dos inclinaciones innatas de su espíritu, que el medio modela enérgicamente, Campero aprende a combinar las cualidades del guerrero con las virtudes del ciudadano.

Si aplicando el consejo de Adler trazamos una línea de movimiento para estudiar las alternativas de su vida, veremos cuán exactamente se cumplen, a través de todas sus peripecias — riegos más que venturas— estas dos profundas influencias que lo obligan a fundir la espada con el bien, porque el precoz observador ha comprendido ya que donde imperan el motín cuartelero y el analfabetismo de las masas, la espada debe rubricar las decisiones de la pluma, para que la obra civil surja y se consolide al amparo del prestigio militar.

Ahora podemos comprender esa singular antinomia del guerrero-hombre de ley, destruyendo la aparente paradoja del soldado que organiza y protege la civilidad. Nacido en el vórtice de la gestación de la república, el adolescente de 1828 cumplirá su destino con máxima eficacia, enseñando a respetar las leyes y a erigir la conciencia moral del ciudadano, sobre los intereses menguados del club político y la torpe vesania del caudillo armado.

De esta pugna natural entre la espada y la virtud, que el Hombre del 80 resolvía en armoniosa convivencia interior, nace el símbolo más puro de desprendimiento cívico, la mejor lección moral que tuvimos los bolivianos después de Sucre.

Es el hervor de las pasiones. Triunfa el golpe armado como institución permanente. Al dictador letrado sucede el déspota ignorante. No hay industrias. Es pobre el comercio. La cultura patrimonio de seres de excepción. Mientras la república se debate entre la anarquía y el dolor, la soberanía nacional es en verdad un mito, porque la acción gubernativa y el movimiento social se concentran en las ciudades pobladas, abandonando por entero feraces y enormes regiones. Si se observa la situación geográfica de los bolivianos desde arriba— estamos en los primeros lustros de la república— se ve el singular espectáculo de puñados de hombres que en vez de diseminarse por el extenso territorio, se reducen a llenar aldeas y villas con la inconsciencia del poderoso latifundista que descuida sus vastos dominios, para vivir confiadamente en un rincón apartado de su heredad.

El fetichismo político sustituye a la religión. Las fuerzas productivas se asfixian por la conmoción periódica de los pueblos. Miserable la instrucción pública. Cohibida la actividad social. Predomina la ambición personal sobre el bienestar colectivo. La intriga sobre la lealtad. El brazo armado sobre la mano abierta de la comprensión. Gira el molino de las constituciones sucesivas y los hombres

ahogan su sed de libertad en leyes de papel que la bota militar aplasta sin escrúpulos.

Cuando el caudillo inculto y temerario quiere halagar a las masas, las azuza contra las viviendas de sus rivales políticos. El saqueo y el incendio son hábito popular. La destrucción de la riqueza privada anuncia la angurria de la hacienda pública. Así transcurre la vida boliviana, en tanto leyes, instituciones, fortunas, sociedades y hombres ejecutan la danza inverosímil de la inconsciencia. Y para expresar admirablemente tamaña miseria, una prensa venal, emponzoñada, irresponsable, es el lenguaje natural que corresponde a la barbarie del medio.

Dentro de ese horizonte biológico enfurecido ha de vivir Campero, sin más defensa que la intrepidez de su carácter y la integridad de su alma. Para el joven que comienza a ser hombre, no se trata de un pueblo enfermo, sino de un pueblo niño que tras el cautiverio de tres siglos reclama su derecho a vivir, entorpeciendo con su propio frenesí el camino hacia el futuro. Es la niñez irreflexiva de la comunidad, que requiere el ejemplo para refrenar los instintos y abrir paso a la razón.

Aquí sobreviene otra etapa fundamental en la vida del joven militar: decidir entre la ascensión por la audacia o prepararse cuidadosa o científicamente para ser útil a su patria.

¿No ha dicho Wassermann que el hombre está colocado en la mitad precisa entre libertad y destino? Campero presiente el suyo, pero prefiere buscar el camino más difícil para realizarlo, porque sabe que será también el más digno.

Contrastando con el torbellino de los motines de cuartel, rompiendo la vieja secuela de militares arbitrarios que solo podrían practicar las formas monstruosas de la tiranía, el Teniente Coronel Narciso Campero, después de ganar honrosamente sus grados en las dos guerras internacionales que sostiene el país, se sustrae a las tentaciones de la política de barricada y parte a Europa, sediento de cultura, camino de la sabiduría.

Con esta aparición del sentimiento innato del deber, se anuncia ya el advenimiento de la conciencia nacional, porque Campero es la expresión de esa pequeña minoría sana de la república, que aspira a depurar el medio ahogando al caudillo en beneficio de la estabilidad colectiva, y que busca en la ciencia y la conducta individual la seguridad futura de la nación.

Son diez años de permanencia en Occidente. Diez años laboriosamente aprovechados. El militar renueva y acrecienta su preparación científica. Pero el hombre no se queda rezagado. Es aquí donde ha de demostrar la nobleza de sus aspiraciones.



El carácter, que en su patria solo se manifiesta como culto a la fuerza física y a la empresa audaz, Campero lo transforma en severa disciplina intelectual. Sus andanzas por los áridos caminos de la cultura se metodizan; realiza duros trabajos de asimilación; estudia sin tregua; ordena, clasifica y ensancha sus conocimientos. Va desplazando su espíritu desde los planos reducidos de la realidad nativa, hasta los altos problemas del pensamiento universal. Mentalidad sobriamente organizada, se desvela en superarse para aplicar más tarde sus experiencias a la patria lejana, devolviendo generosamente los beneficios adquiridos.

Cartesiano en el método, cultiva ahincadamente las ciencias: matemáticas, astronomía, física, geografía, educación, historia, gramática, etc. Un compañero suyo, de origen francés, le manifestará epistolarmente la honda admiración que le inspira esa tarea infatigable de estudioso.

No descuida tampoco la frecuentación de las artes; ama y se ilustra en la música, en la pintura, en la estatuaria. Estudia las costumbres de los pueblos, el desarrollo de su inteligencia colectiva, sus virtudes, sus defectos y sus características peculiares. Y en las pocas horas que aún le queden libres, se esforzará por acercarse al mar movible de la filosofía. Fecunda y austera juventud, consagrada a la educación de sí misma, sin dar tregua a la voluntad ansiosa de saber.

A través de las vicisitudes humanas, sobreponiéndose al caos social de su tiempo, el futuro estadista modela acerbamente su personalidad. En esta juventud ejemplarmente dedicada a la afirmación del individuo, que aspira a ser útil a su comunidad, espande el más puro signo de abnegación, violento contraste de luz sobre el fondo sombrío de la época.

Teníamos ya el héroe enardecido por la pólvora y el héroe tribunicio. Campero comprende con ágil intuición que es preciso superarlos por el héroe como lo quiere Carlyle: es decir el hombre íntegro, la conciencia que crece y se afirma indestructible en sí misma para oponerse al mundo exterior. Antes que el poder cesáreo o el arrojo temerario de los mitos teogónicos, una nueva tipología en la historia del heroísmo: la figura del hombre-humano reemplazado al hombre-legendario. Para llegar a transmitir su mensaje a los hombres, hay que poner en juego todas las potencias febriles del carácter y de la sinceridad. Por eso, para crear en sí el héroe moral, el joven estudioso principia a extender sus sentimientos cívicos, abarcando la doble urgencia del desinterés en la prédica y el altruismo en la acción.

Sus investigaciones lo aproximan a la virtud universal. Lee a Pitágoras y adopta su tema: "Decir la verdad y practicar el bien." Descubre la conciencia ética de la antigüedad en Sócrates. Tropieza con Posidonio, aquel grecorromano para quien la finalidad moral del hombre frente al mundo, no es sino lógica consecuencia del conocimiento panteísta del cosmos. Admira al científico Aristóteles, al Descartes y a Newton por sus sistemas. Conoce a Rousseau,

Voltaire y Goethe. Mas si admira al creador del Cándido, execra sus desmanes y su pernicioso inclinación a la malevolencia, tan rudamente expresada en la famosa frase: "Calumniad, calumniad que siempre queda algo."

Pero su camino es directo. Sobre las concepciones militares de los grandes capitanes de la historia; sobre la vida de insignes pensadores o el esplendor de ilustres artistas, pondrá siempre el rayo de oro de su admiración por el bien, confiando las más íntimas simpatías de su alma al austero Epaminondas, al patricio Cicerón y al virtuoso Mariscal de Ayacucho, como es fácil comprobar en su correspondencia privada, en sus memorias particulares que reflejan fielmente la vigorosa expansión de su espíritu. Por encima de sus afanosas búsquedas científicas, coronando ese activísimo proceso de elaboraciones concienenciales, cuán honda habría sido su dicha si al tropezar con los gritos de Kant hubiese visto expresado lo que sintió confusamente en su interior: "Obra de tal modo que consideres la humanidad, tanto en tu persona como en la de los otros, en todo tiempo como en la de los otros, en todo tiempo como un fin, jamás como un medio." Ese encuentro habría sido la mejor recompensa para su ansiosa juventud, que luchaba valerosamente contra un siglo materialista y escéptico.

Y este hombre que ignora también a Scheleiermacher, pero que como él cree que la ley moral es la vida natural de la razón, separa cuidadosamente lo bueno de lo malo; asimila la rapidez de concepción, la claridad, la concisión en las ideas del genio galo; mantiene su inquebrantable religiosidad de raíz española, que es una de las potencias más hondas de su espíritu. Desprecia la pompa de las cortes europeas y aprende a desarrollar en silencio su fuerza, en una escuela nobilísima de sobriedad, virtud y meditación.

Son diez años de empeñosa y metódica labor donde se plasma el alma vigilante del futuro patricio. Todo lo que ve y aprende, sueña en aplicarlo después a su tierra. Acrecienta su cultura, refina su sensibilidad y educa su percepción estética por esa suprema ambición de contribuir al mejoramiento de sus conciudadanos. No es suficientemente conocida esta etapa fundamental de la vida de Campero. Solo penetrando en sus cartas íntimas, en sus memorias inéditas, en el recuerdo de algunos que lo conocieron y analizando los móviles de su actuación en el ejercicio de funciones públicas, se puede sospechar los inmensos beneficios que para su alma ardiente de saber y de disciplinas interiores tuvieron esos diez años de Europa, saturados de curiosidad, donde sometido a su solo control pudo orientarse sabiamente hacia la verdad y hacia el bien.

Durante tan larga ausencia los solares nativos no se han transformado. El analfabetismo, la ambición personal y la revolución permanente continúan predominando en el medio. El caos sigue su curso con absoluta regularidad. Sangrientas conmociones populares entenebrecen los horizontes patrios. Es que no ha llegado aún la hora del equilibrio; y los compatriotas de Campero siguen el ritmo de la niñez ciudadana, que se rige por el ímpetu, el desconcierto y la barbarie.

Al pisar emocionado el suelo patrio, Campero cree vislumbrar la causa de nuestros males seculares: la revolución política permanente debe ser sustituida por otra revolución espiritual de mayor potencia. Y lanza su célebre "Proyecto de Revolución", hoy una de sus más significativas obras, pero en su tiempo simple documento impreso que se pierde en el torbellino de los hechos cotidianos.

Lo enfático, lo decorativo, la apariencia, primaron ayer y se prolongan hasta los últimos años entre nosotros. De ahí el hinchamiento de las formas, el alarde macizo y grandilocuente, el neo-barroquismo de los criollos, cuyos historiadores, pragmáticos constructores del sistema, se quedan en la dramática crispación de la superficie, sin penetrar las corrientes subterráneas del fondo. Así se explica que ese "Proyecto de Revolución" no sea mencionado ni siquiera como documento político de su época, cuando en verdad es toda una expresión de la psicología minorista que pugnaba por depurarse del pasado tempestuoso y nefasto.

En ese breve y enjundioso estudio, Campero analiza el factor psíquico del descontento como causa primaria de rebelión interna. Sostiene que antes que los progresos materiale —camino, colonización, obras públicas— se debe combatir duramente el cuerpo social enfermo, atendiendo a la formación de una nueva y pura juventud que incontaminada de la atmósfera viciada del politiquerismo, se forme en una auténtica moral cívica, hasta que mediante la educación coordinada se llegue a conseguir la regeneración nacional.

Critica la excesiva importancia concedida a las producciones poéticas y de arte, descuidando el cultivo de las científicas. Lejos de cortejar a la juventud, le hacer ver sus errores, fatal pendiente hacia donde la conduce la ceguera colectiva. "El vicio —expresa— es como una avalancha que desprendiéndose de la cima de una montaña, arrastra cuanto encuentra a su paso, se envuelve en las blandas masas que toca, y va creciendo en rapidez y volumen a medida que baja." Por eso insiste en que es preciso evitar que cunda la corrupción, aferrándose a un plan integral de reforma educativa, que no abandonará ni en los años penosos de sólida agerasia.

La médula de su "Proyecto de Revolución" es la reforma educacional del país, a base del establecimiento de una gran Escuela Central, para formar profesores expertos en lugar de vulgares demagogos; hombres seguros de su ciencia, en vez de enciclopédicos doctores.

El folleto contempla la creación de diversos establecimientos de enseñanza de utilidad práctica, tales como un Instituto de Agricultura, un Colegio de Artes derivadas de la industria minera, Escuelas Manuales, etc. Completa ese vasto plan, inspirado en los conocimientos de su tiempo, otro conjunto de iniciativas para la creación de un moderno cuerpo policiaco, la impulsión de ciertas industrias nacionales y otras medidas tendientes a reprimir la empleomanía juvenil.

Las ideas primordiales de ese estudio, mantienen su actualidad dos tercios de siglo después de haber sido escritas; y si bien es lógico reconocer que los sistemas pedagógicos se han transformado radicalmente, no pierden su mérito intrínseco los planes educativos de Campero, sagaz conocedor de la psicología boliviana y de sus inmediatas necesidades, que "deja para otros los laureles de la imaginación y de genio", consagrándose a laborar positivamente por su patria.

El político responde con igual nobleza a su misión. Prefecto de Potosí, al ser intimado por los revolucionarios para firmar la rendición de la plaza, prefiere afrontar el fusilamiento por no deshonorar su investidura; el destino resguarda su vida. Sirviendo a un Dictador, afrontando a los déspotas, ejerciendo el mandato popular en las Cámaras o rigiendo las circunscripciones departamentales, el estadista hará sentir el influjo benéfico de su probidad, de su desprendimiento, de sus virtudes cívicas, lúcidamente expresadas en su conocida frase: "No tengo genio para lisonjear ni para sonreír al que manda."

En el hervor candente de la política boliviana — segunda mitad del siglo XIX— es interesante comprobar cómo la conducta de Campero constituye la excepción solitaria del auténtico civismo.

El caudillo militar y el demagogo criollo luchan fieramente; aquel por encaramarse merced al motín cuartelero, y éste desarrollando la red de intrigas que ha de compensar sus desvelos. Es el combate sin tregua, obstinado y sangriento, tan característico de aquellos primeros tiempos en que la civilidad solo se manifiesta por la montonera. El ansia irreprimible es la captura del poder. Campean el desorden, la deslealtad, la intriga. Dominan la violencia, lo melodramático, la ignorancia. Y en este juego voraz de los instintos, los ciudadanos cruzan por los caminos de la patria sin un ideal que los sostenga, sin un deber que los reanime, ebrios de rencor cuando en el lomo de una mula inician el camino de la proscripción, o trémulos de coraje cuando les llegue la hora de ser víctimas de la tiranía.

¿Para qué pintar el cuadro sombrío donde fermenta el espíritu convulsionado de un pueblo que se debate en el proceso de su formación? Toda la Historia de la América Sureña en sus primeros lustros de vida independiente, se desarrolla en una atmósfera cargada donde la barbarie y el desconcierto ponen sus más negros tintes.

El salto traduce la psicología de la época. El salto brusco, ascensión rápida, temeraria, sin sustento para el futuro; la improvisación, la tentativa que atropella, la suficiencia engreída, la ambición insaciada. He ahí la tónica del tiempo. Se trata de subir a cualquier precio y por cualquier medio. El salto audaz, aunque luego se abra bajo los pies atolondrados la boca del abismo.

Campero que conoce su medio y conoce a sus pobladores, quiere ser la excepción. En una carta privada, escrita en 1869, dirá estas palabras donde palpita la amarga indignación del patricio: "Casi es una vergüenza pensar en sí mismo, en estos tiempos en que la patria exige que abduquemos de nuestras ambiciones para consagrarnos por entero a ella."

Ahora ya nos explicamos el "tempo lento" de la carrera política y militar del General Campero. Si en su vida no encontramos el ritmo fulgurante que suele presidir otros destinos; si no lo vemos encumbrarse con la celeridad que se levantan muchos de sus contemporáneos, que le son indiscutiblemente inferiores en preparación y en capacidad; si no ocupara grandes situaciones ni recibe supremos honores, en el extenso plazo de veinticuatro años que transcurren desde su regreso del primer viaje a Europa hasta la Guerra del Pacífico, es porque entre los millares de caudillos y demagogos en ciernes, asoma ya la fidelidad inquebrantable del verdadero ciudadano.

Parlamentario, prefecto, jefe de cuerpo, proscrito; en la actividad militar o en la actuación civil, Campero es siempre el hombre de la medida innata, de la ponderación cívica, del desinterés personal.

Rebelde a las tiranías ominosas, incorruptible a la tentación de las intrigas, reacio al compromiso de trastienda, el patriota ve pasar un cuarto de siglo pausadamente. Así el reformador que llevó en el fondo de su espíritu toda su existencia, quiere enseñar a los bolivianos la más alta lección: la lección del desprendimiento en el ejercicio de la actividad pública, conduce a la grandeza de la patria por el árido camino del sacrificio individual. Se cumple la hermosa misión del reformador: el primero en desarrollar la conciencia ética del verdadero ciudadano, es también el primero en dar ejemplo de renunciación en beneficio de la colectividad.

¿Qué extraña viene a resultar esta figura aislada de Narciso Campero en la selva abigarrada de la política de su tiempo, donde hay pasiones pero no voluntades, porque los hombres viven en el universo de fuera, sin haber asomado siquiera al borde filoso del mundo interior?

Solo estos veinticuatro años de insobornable integridad; solo estos veinticuatro años de pausado ritmo que ciñe la abnegación con amoroso afán, pudieron darnos después al Hombre del 80, porque ni el Dictador Supremo de la Guerra ni el Mandatario de la Restauración fueron consecuencia del azar. Ambos germinaron en la tierra oscura de los años pretéritos, cuando en la plena madurez Campero educaba el carácter librando la más dura de las batallas: la batalla del saber contra la ignorancia y de la virtud contra la corrupción.

Llega la guerra de 1879. El hombre ha envejecido el servicio de la patria. A la sazón es perseguido y vejado por el Gobierno. Pero apenas estalla el conflicto, no vacila en pedir un cargo en el ejército. Se le confía la organización y mando de la Quinta División.

Otro será el momento de analizar los valores militares de Campero. Entretanto, sigámosle, en esos años aciagos, como a la más genuina expresión del alma boliviana, porfiando por romper los designios del destino.

Sin armas, sin municiones, sin víveres, deliberadamente hostilizado por el Gobierno, solo su férrea voluntad, su grandeza de alma logran vencer las dificultades. Como los ejércitos que la Francia de la Revolución hacía surgir por el milagro del fervor patriótico que defiende la libertad, las tropas de Campero, desprovistas de los pertrechos necesarios, a veces hambrientas, cruzaron el desierto impelidas por la férrea voluntad de su conductor. No faltará un comentarista agudo que en pocas imágenes sintetice la tremenda empresa: "Fue Campero en el desierto como Moisés; conducía sus huestes en lucha contra las inclemencias de los elementos y la animadversión de los hombres, a la reconquista de la tierra prometida, de nuestro mar."

Otros trances decisivos le pedirán aún mayores sacrificios y a todos responderá con esa energía suprema de las almas superiores que jamás se abaten ante el contraste. Consumados los primeros desastres de la campaña, los pueblos bolivianos en masa designan al General Narciso Campero Presidente Provisorio de la República.

Fueron características de Campero la rapidez de concepción en los planes y la audacia en la ejecución del ataque; a ellas debió casi todo sus triunfos militares. En 1880 el azar le fue adverso. Falló la sorpresa de Quebrada Honda por la neblina que desorientó la marcha del ejército; pero la misma prensa enemiga no trepidó en confesar que, de cumplirse los planes del Generalísimo de los ejércitos aliados, las fuerzas invasoras habrían sido destruidas.

En el combate del Campo de la Alianza, Campero, Dictador Supremo de la Guerra, dirige las tropas Perú-bolivianas. Se libra la batalla más imponente que hasta entonces especta la América. En el fragor del combate, al flaquear el ala izquierda, Campero conduce personalmente los refuerzos y aquel famoso Batallón "Colorados" que inscribirá un nombre en los anales de la historia continental. La actuación del General en Jefe de las fuerzas aliadas no puede ser más airosa. Pero el infortunio se cernía ya sobre tierras bolivianas, y se perdió la batalla que antes de librarse estaba materialmente definida por el escaso armamento, la inferioridad numérica, los pocos recursos de subsistencia, la pobreza del país, resultado de todo ello de las lamentables condiciones en que entramos a la tercera guerra internacional. Campero, el hombre puro y enérgico, paga los errores de medio siglo de caudillaje ignorante y arbitrario.

Es aquí, en la derrota, donde se descubre la grandeza del hombre. Aparece el Epaminondas de nuestra historia. Instruido en ciencias y artes, afecto al cultivo general del espíritu; generoso, sencillo, virtuoso; moderado en política, firme en sus convicciones, sobrio en sus costumbres, Campero es también, como el táctico de Leuctra, verdaderamente grande por su tolerancia, su justicia y su magnanimidad en los años de paz; e igualmente valeroso, resuelto, inquebrantable en los riesgos de la guerra. Epígono del famoso tebano, nuestro General es la encarnación del más ejemplar patriotismo, dispuesto a todos los sacrificios que demande el cumplimiento del deber. Y si pudo decirse que Epaminondas fue la conciencia cívica de los tebanos, podrá asimismo afirmarse que Campero es la fe patriótica de los bolivianos, más encendida cuanto más fuertes son los golpes del destino.

Se ha dicho que el mayor mérito de Epaminondas no consistió en ganar varias batallas a favor de Tebas, sino en haber despertado el valor en el ánimo de los tebanos, enervados por una larga servidumbre. Una enseñanza análoga se encuentra en la actitud de Campero después del 26 de mayo de 1880. Derrotado jamás vacila su fe, se aferra obstinadamente a la posibilidad de reacción; no pierde la confianza un solo instante, consciente de que para labrar la restauración nacional, es preciso contar en primer término con la consistencia de las propias fuerzas. Es, como sostiene un historiador de los tiempos modernos, el espécimen del verdadero general, que a su preparación científica, serenidad, intrepidez, habilidad táctica, reúne además la virtud de sentirse todos los minutos responsable de la suerte del Estado, seguro de sí mismo, en la victoria como en la derrota, sin dejarse agobiar jamás por el peso de tamaña carga. Fuerza reconstructiva de la nacionalidad, el Hombre del 80 es la reserva augural que el azar nos dejó para afrontar el futuro.

Más significativo que la batalla del Campero de la Alianza, deber ser para los bolivianos la organización del segundo ejército que no llegó a combatir en la Campaña del Pacífico.

Elegido Presidente Constitucional de la República, en el primer instante de lucidez colectiva que demuestra la conciencia nacional, Campero reúne las tropas dispersas esforzándose por mantener la disciplina; levanta la moral deprimida de sus falanges, confiando en que, como sostiene todos los tratadistas, antiguos y modernos, el hombre es la materia prima de la guerra y con la certeza de que — lo dirá más tarde en un documento público — como en la guerra emancipadora altoperuana, en España contra Bonaparte o en Juárez contra Maximiliano, una resistencia tenaz y bien dirigida conduce también a la victoria.

Si todos hubieran cumplido su deber como Campero cumplió el suyo, otros habría sido el fin de nuestra tercera guerra internacional. ¿Quién ha dado un ejemplo más abnegado que ese viejo General, desafiando a los 69 años el clima implacable del altiplano orureño, instruyendo personalmente a las tropas, dirigiendo las maniobras, robando horas al sueño, trabajando infatigablemente en lo físico y en lo moral?

A esos desvelos, a la formación de ese segundo ejército, obras del animoso militar, se debió que el invasor no ocupase las ciudades bolivianas y respetase nuestra soberanía conformándose con el Pacto de Tregua de 1884. Por eso pudo decir, al resignar el mando: "Mi gobierno no ha hecho la paz ni la guerra; pero ha salvado la dignidad nacional." O aquella otra frase que resume todo su ardor cívico y que es un abierto reproche a todos los grupos y personas que no supieron cumplir su deber cívico de posguerra: "La defensa nacional no es cuestión de partido; es un deber común, el primero de los deberes para todo ciudadano."

Primer Magistrado del país, su política internacional es tan recta como sus actos privados. Declara al Congreso que abandonar al aliado para entrar en tratos directos con el enemigo común, "habría sido un crimen enorme que precipitaría a Bolivia en el abismo del deshonor ante propios y extraños." Siempre es más noble inclinarse al amigo en desgracia que doblar las rodillas ante el conquistador triunfante. Rechaza todo entendimiento que dañe los derechos del Perú.

Más tarde, cuanto más se profundice en el criterio casuíta de nuestros disquisidores publicistas, se hará más y más palmario el ideal cívico de Campero, para quien era premioso crear una tradición de sinceridad y de pureza en las relaciones internacionales. Intangible fue su fe en la justicia mundial; de ahí sus esfuerzos para que una mediación norteamericana o el Congreso de Panamá resolvieran el pleito del Pacífico. Si los hechos no le dieron razón, en nada desmedra la pureza de sus honradas convicciones, tan necesarias para la vida de los pueblos, que hoy sucumben por perfidia o ceguera de sus gobernantes.

Veamos ahora cómo en la cima de su vida, el hombre responde con viva fidelidad a su naturaleza moral.

El Gobierno Campero está justamente reflejado en estas frases que el mandatario pronunció en su Mensaje al Congreso de 1884: "Honorable Senadores y Diputados: ¿queréis que el pueblo sea verdaderamente libre? Pues bien: enseñadle a ser justo con nuestro ejemplo." Así, en la propecta madurez, se cumple austeramente el noble idealismo de la ardiente juventud.

Espíritu superior que no vacila en sacrificar su conveniencia personal y sus ambiciones, en aras del bienestar colectivo, mantiene un respecto inalterable por la libertad del individuo, que resalta fuertemente en el cuadro de descomposición política y social donde transcurre su vida.

Por su extremo amor a la libertad, por su inquebrantable lucidez mental que le hace amar la justicia y la verdad por encima de todo, será aviesamente juzgado por historiadores y gacetilleros de pacotilla, que incapaces de penetrar los íntimos móviles de la conducta humana, verán únicamente la apariencia candorosa de las cosas. Solo al estudiar detenida y amorosamente su vida; al analizar en el silencio de la meditación cómo germinaron sus actos, atisbando el insospechado caudal de energías con que supo encauzar su conciencia por la tormenta pavorosa de la política de su tiempo, se llega a comprender el auténtico valor del General Campero.

Carácter integérrimo, domina sus impulsos con acerada voluntad y al respetar los derechos del individuo eleva la dignidad de sus conciudadanos. Descuella entonces su mejor título: el patriota sustituyendo al cacique criollo; la ley moral sobre el torbellino iracundo de los instintos, que no requiere de la fuerza para gobernar. Por eso será también la excepción: un mandatario que no se



preocupa de formar su propio partido, porque se apoya en la voluntad popular; un jefe de Estado que antes de resignar el mando concede la más absoluta libertad, sin importarle un ardite como se constituyan los poderes públicos que habrán de sucederle, porque sus actos podrá juzgarlos cualquier ciudadano.

Dice el patricio en su postrer mensaje al Congreso: "A nadir le es lícito señalar una línea de demarcación entre el individuo y la sociedad, para limitar el imperio de la ley moral porque ella es general y absoluta; abarca dentro de su dominio al individualismo como a la entidad social". Por encima del guerrero, asoma en nuestro escenario histórico la conciencia vigilante del estadista republicano segura de que, cuanto más alta es la jerarquía del ciudadano, mayores son sus responsabilidades ante la historia.

Este descendiente de estirpe aragonesa, inflexible en el cumplimiento del deber, capaz de todos los sacrificios en el campo de batalla, domeñador de sus pasiones y amante insobornable de la justicia, acaba con la montonera criolla e instituye el imperio de la ley. Consagra la soberanía permanente del individuo, la firmeza de las instituciones, la tolerancia del pensamiento y de los actos. Si se considera la suma poderes con que lo invistió el Congreso, es tonificante advertir la rectitud, la prudencia, la medida con que los manejos, sin abusar jamás de ese exceso de fuerza.

Deja campar libremente a la prensa opositora a pesar de sus viarazas, prohibiendo que las prefecturas clausuren imprentas. Afirma que esa oposición "es la luz de los pueblos y de los gobiernos." En 1883, ante cierta sugestión que le hacen las Cámaras en materia diplomática, renuncia la Presidencia de la República recibiendo amplias satisfacciones, mas dejando el precedente de su integridad democrática, que respeta el criterio de los representantes del pueblo y juzga un deber eliminarse de la escena pública, para no acrecentar el desacuerdo entre los poderes y del Estado.

Mantiene el alto control de los asuntos administrativos, dejando a sus ministros en entera libertad para desenvolverse en sus gestiones ministeriales. Lejos del absorbente exclusivismo de los gobernantes sudamericanos, es un nuevo tipo de mandatario sagaz y comprensivo que distribuye la suma de responsabilidades y de obligaciones entre sus colaboradores, comprendiendo que el primer deber del que manda no es abrumarse de labores e intervenir en todo con la presión del oligarca, sino enseñar con el ejemplo del desprendimiento, es decir sacrificando el lucimiento personal a la conveniencia colectiva.

Cree en la necesidad de establecer una "línea de tradiciones", rompiendo ese sistema incoherente de los gobiernos providenciales, que arrasando con lo hecho pretenden transformarlo todo al advenir al poder. Por eso dirá en otro documento público, que desconfiando de sus propias fuerzas supo inspirarse en el recuerdo de las grandes figuras del pasado, deseoso de reanudar la marcha del presente con las experiencias pretéritas. En este reconocimiento a la importancia de la unidad de la obra humana, es una tácita demostración del sentimiento de solidaridad social que regía sus actos.

Sostiene un pleito privado por cuantiosos intereses. Apenas sube al poder, suspende la acción del juicio por todo el tiempo de su mandato presidencial, celoso de su prestigio y a fin de que no se pueda tachar la probidad de los jueces. Poco antes de abandonar la Presidencia recibe una oferta transaccional que en realidad solo pretende asegurar la neutralidad eleccionaria del Gobierno, puesto que el otro litigante aspira a la primera magistratura.

Campero rechaza indignado la proposición ofensiva para su probidad de gobernante. Es la nobleza viril del romano renunciando al mando por el culto supremo del deber. En este bullado pleito, sufre la más acerba decepción su fe en la justicia de las instituciones y en la honradez de los hombres. Su adversario, a quien en elecciones libres le entrega el mando, en cuanto sube al poder agota todos los medios e influencias que su alta representación le depara, buscando definir el litigio en su favor.

Aquí se prueba, otra vez, la entereza del hombre. Dos años después, viejo, solo, sin amigos, pobre, abandonado a sus escasas fuerzas, el patricio afronta al omnipotente mandatario del país y lo emplaza a comparecer ante los tribunales de justicia. Aunque el litigio no se resolverá mientras viva, en la resonante cuestión judicial hace resplandecer nuevamente la majestad de su energía moral: afirmado en el poder, respeta la debilidad del adversario; cuanto éste manda, lucha resueltamente por sus derechos desde el llano. Con la amarga experiencia, brotarán de sus labios las proféticas palabras: "Si bien el sentimiento de lo bello y lo generoso nos arrebatara fácilmente a los bolivianos, el sentimiento de lo justo, que consiste en dar a cada cual lo suyo, no tiene asiento en nuestras costumbres ni en nuestra educación."

Su política gubernativa, cimentada en el respeto y cumplimiento de las leyes, en el fomento de las industrias nacionales a las que defendió de la prepotencia extranjera, es invariablemente urgida, al propio tiempo, por la movilización y reorganización del ejército cuya disciplina y preparación técnica acomete personalmente. Planea varias expediciones a puntos extremos del territorio nacional. Duplica su celo en resguardar las fronteras. Busca el entendimiento internacional con las naciones circunvecinas. Sostiene los embates opositores y contiene el derrotismo pacifista en una hora en que el desaliento y las vacilaciones, pudieron significar la liquidación de la república.

Esa madeja intrincada de intereses grandes y pequeños donde el egoísmo, la politiquería y la debilidad pugnan por igual, se suma a la escasez de recursos, a la falta de tranquilidad para realizar una acción propia en bien del remozamiento del país. Pero luchando contra el conformismo agobiador de los timoratos, venciendo los obstáculos, el hombre deja la suprema enseñanza cívica del carácter: el sentimiento de la responsabilidad frente al destino.

El militar que gobierna no con la espada sino con la ley, aplicando su admirable disciplina interna al caos exterior; el hombre que desde lo más altos sitios enseña con el ejemplo personal; el viejo patricio que consolida la nacionalidad respetando sus instituciones, es mucho más grande —y más profundo— de cuanto reconocieron doctores académicos y seudo historiadores.

Pasado el vértigo de los años, la verdad, con la segura perspectiva del tiempo, gradúa el lente de las distancias hasta ubicar en su foco visual exacto los fenómenos.

Ahora podemos comprender mejor al intrépido espíritu que afrontó serenamente las fuerzas negativas de su tiempo, sin otro yelmo que su innata convicción del deber. Y si la penetración del observador imparcial, alcanza a sorprender las misteriosas leyes que norman el desenvolvimiento del hombre moral frente a la dura oposición del mundo activo, rasgando la malla de las exteriores apariencias, para conducir la luz allí donde se vislumbraba solamente una confusa penumbra, aparece en el conductor del Campo de la Alianza el griego, el poseedor del "daimon" helénico, aquella grandiosa libertad interior del alma a la cual se sacrifica todos los honores y riquezas materiales.

Fuérale justa compañía la de Tucídides, anciano proscrito de Atenas acudiendo a sus postreras energías, para defender la caída grandeza de su pueblo vencido por la suerte. O la de aquel Régulo que deifica el honor de los romanos, eligiendo el tormento por la patria. Y esa otra del viejo Cicerón, irguiendo su lealtad a la república en lucha viril contra los déspotas.

Alguna vez en que departiendo con un brillante hombre de estado advierte su falsa posición, dice lacónicamente: "¡Qué pobre cosa es el talento, y aun el genio mismo, cuando se empeña en sostener, contra sus íntimas convicciones, una causa evidentemente mala, injusta."

Y no trepidará en censurar sus propios actos, en sus memorias, porque la verdad del relato es superior, en su ánimo, a cualquiera otra consideración.

Cuando llega la hora de resignar el mando que el pueblo le confió, Campero da el hermoso ejemplo cívico — único en nuestra historia— de ofrecer a la nación elecciones absolutamente democráticas y libres, por la neutralidad del Gobierno, pero que desgraciadamente empañan la inconsciencia y la ciega ambición de los candidatos fomentando la venta del voto popular. Es tan grande la justa indignación del viejo militar al ver cuán mezquinamente se corresponde a su noble actitud, que en arranque patriótico se siente tentado a provocar un golpe revolucionario a fin de anular el acto electoral, convocando después a nuevas elecciones, que no estén tachadas de impureza. Pero una vez más la ley vence a la espada; y prefiere acallar su legítima protesta, sacrificándose por el futuro institucional de la república que habría tenido un nefasto precedente a qué acudir en situaciones semejantes. Para enseñanza de sus conciudadanos, Campero narra con la sencillez que le es habitual este caso de conciencia en pleno Congreso, dejando pasmada a la nación con este lenguaje de verdad inacostumbrado en el ambiente.

En su Mensaje a la legislatura de 1884, documento que puede considerarse su Testamento Moral, prosigue dando lúcidas manifestaciones de su grandeza cívica. Se diría que Aristóteles el Justo habla por boca de nuestro insigne patricio: "Profeso sinceramente la doctrina de que la ley moral que rige las

acciones del individuo, rige también las de toda agrupación humana, llámese familia, comunidad religiosa, sociedad industrial o de comercio, compañía colectiva o Estado. Lo que es justo, verdadero, bueno y honrado para el individuo, considero que lo es igualmente para la colectividad; lo que es injusto, falso, malo y deshonesto para una persona, lo reputo asimismo para una nación."

Y concluye con estas severas frases donde se condensa toda su sabiduría de hombre público: "Lo único de que debe cuidar un hombre de Estado es que sus actos estén ajustados a la ley y a la razón." Así en párrafos sobrios, en estilo llano pero elevado, Campero se dirige por última vez a la nación, no capacitada aún para entender el sentido ético de ese lenguaje universal de la virtud.

En el declinar de su vida pública, prosigue ocupándose de los problemas internacionales del país, impugnando el proyectado Pacto de 1895. A los 82 años, reafirma su fe en la reacción nacional, impugna violentamente todo acuerdo a espaldas de la opinión colectiva y sigue creyendo en la superioridad de la honradez, para definir los asuntos de la comunidad o personales.

Sus compatriotas serán pocos en el elogio. Vendrá más bien de fuera el reconocimiento de sus virtudes. La prensa peruana, formulando votos para que los actos del General Campero inspiren a los que le sucedan en la silla presidencial; y la chilena, sosteniendo hidalgamente que al viejo patricio se debía nuestro renacimiento, porque era el verdadero fundador de la república, por su respeto a la ley, su obediencia a la voluntad de los pueblos y la honestidad que mediante su ejemplo introdujo en la conducta pública, acabando con la dictadura de las bayonetas para abrir paso al imperio de la justicia, "reguladora de las relaciones humanas" según juicio del prócer.

Acaba sus años pobre, venerado por el pueblo, olvidado por los poderosos y los señores feudales de la política interna. Su ancianidad austera es tan ejemplar como su severa juventud. Soporta los contrastes finales de la suerte, con esa suprema dignidad que suele dar el conocimiento exacto de la condición humana y la posesión de un íntimo estoicismo. El hombre altruista, generoso en desear el mejoramiento de los demás, sabe que su valor está en sí mismo. Por eso Campero es igualmente íntegro en la fortuna o en la adversidad; en el vigor de la plenitud vital, o en el lento descenso de las energías físicas.

El hombre de adentro, es decir el que no sospechan siquiera los comentaristas, todavía tiene medios para atestiguar su valía. Si quienes juzgaron su tiempo se hubiesen aproximado con mejor voluntad de conocer, ajustando sus investigaciones a una metódica y rigurosa observación, acudiendo a las fuentes directas donde se nutrió y se expandió la vida de Narciso Campero, abandonado el endeble y pueril sistema de la historia a base de la versión pública o del chisme callejero, habrían sido menos infortunados en el análisis de su personalidad.

¡Cuánto se habría ganado por ejemplo para comprenderlo, analizando su vida familiar!

Acerquemos algo de esa realidad que, maliciosamente, alejaron la injusticia y la ceguera de los hombres.

Normal la estatura. Airoso el porte. Magro y nervioso el cuerpo. Sobre la capita sencilla del militar, se alza con noble dignidad la testa patricia. Los ojos negros, claros en el mirar, penetran con vivacidad el mundo. Se corta el fino perfil de la nariz sobre el ángulo de los espesos mostachos, por donde asoma apenas la mancha delgada del labio inferior. Y una frente alta, como cúpula armoniosa, remata el rostro varonil donde todos los rasgos encajan con agradable precisión. He aquí el carácter y la altivez; la rectitud y la bondad, la abnegación y el desinterés.

La voz sonora acostumbrada a mandar ejércitos, se atenúa en la conversación. Los modales de exquisita finura. Esta imposición por el amor y la sociabilidad, se esculpe nítidamente en las palabras de una contemporánea suya, vivaz por el acierto de sus juicios: "El General habla siempre con afabilidad y da la impresión de que uno vale más de lo que cree ser; si otros humillan con su presencia, él más bien levanta con la suya."

A este raro don de máxima simpatía humana, de fácil invitación a la confianza, Campero añade el relieve afectuoso de la probidad. Y no será raro ver invocadas sus Memorias, muchas veces, como testimonio inapelable para juzgar hechos históricos.

Vehemente en el ejercicio del bien, se inclina a ver florecer la virtud en los demás. Lo justificará en sus escritos sosteniendo que quienes tienen la conciencia pura, se hallan predispuestos a ser indulgentes con los demás y a disculpar sus actos, viéndolos siempre por el lado menos desfavorable. Se le tacha de ingenuo— como se reprobaba a Burns y a Johnson— por la sinceridad con que lucha contra el artificio y la entereza con que busca la verdad; acaso también por la sencillez que pone al narrar sus experiencias, siempre con ese fin didáctico que jamás le abandonó. El anciano, entre dos sonrisas, ante la malevolencia ajena, recuerda en tanto la sentencia leopardiana: "La tendencia a hablar de sí mismo, es indicio de bondad, de naturaleza sencilla y confiada." Pero, se comprende, en el sentido que la tenía Campero: hablar de sí mismo nunca para elogiarse, sino con aquella cautivadora sencillez que quiere extraer una enseñanza de cada hecho.

En el retiro de la vida privada, educa a sus hijos física, moral e intelectualmente.

Se ocupa de editar un Tratado de Aritmética que ha compuesto con métodos de su invención en los rudimentos de esa ciencia. Estudia los tratados internacionales del país. Inicia trabajos de agricultura, obras manuales y da expansión al sentimiento panteísta del cosmos que bulle en su espíritu. Aquí está en su finca del Salvador, dando vida pacientemente a pequeños jardines; abriendo vías para el hilo de agua; labrando bastones de las maderas de los árboles.

Campero siente esa simpatía suma que liga al hombre años y de largas observaciones, se acerca radiante de fe a la naturaleza. Sus instantes de dicha más serena, los halla en el secreto de la rosa que abre sus pétalos matinales; en la honda sabiduría del grano de arena endurecido por el tiempo; en la misteriosa sinfonía de la noche estrellada. Desinteresado de toda ambición literaria, solo en pocos papeles privados o en ciertas modalidades de su actividad particular, trasciende ese vivo sentimiento del que jamás hizo alarde y no obstante tan decisivo en la formación de su conciencia moral, como en el desarrollo de su gusto estético. Lleva inscrito en su alma un poeta que el destino en vez de permitirle expresarse, lo embosca en lo recóndito del ser, como una vivencia secreta que escapará a la indagación de todos, a menos que se tenga un conocimiento perfecto de su personalidad.

Ama a los niños y a los animales con ternura infantil. Pervive el recuerdo de su hermoso alazán. Indómito a la mano intrusa, mando y obediente a la de su glorioso amo — que lo acompañó en la épica jornada del 26 de mayo de 1880. Tampoco se han esfumado de la memoria popular—leal espejo de la historia— aquellos imponentes cóndores que al reorganizar el ejército en las frías pampas de Oruro, acompañaban a la tropa en sus maniobras, y evolucionaban majestuosamente en el aire, como signos de la voluntad humana que se ciernen sobre las miserias de la tierra.

El anciano que ha cultivado esmeradamente su vida interior, recrea su agerasia con una modesta pinacoteca adquirida en Europa a base de economía y sacrificios, algunos de cuyos ejemplares quedan todavía para atestiguar su refinamiento espiritual.

En el sosiego del crepúsculo, cuando la sombra azul de la tarde anuncia la invasión oscura de la noche cercana, Campero habla con su inteligente compañera. Le son familiares los dogmas religiosos, los principales sistemas filosóficos, las grandes epopeyas del esfuerzo humano. Estos bellos coloquios solo viven en el recuerdo de sus hijos, tiernas criaturas que jamás olvidarán el encantamiento de las horas plácidamente transcurridas al influjo de las voces paternas, que hacían pura atmósfera y llenaban de gozosas claridades sus almas infantiles.

En su gloria ancianidad, Campero puede pasar sobre el puente de su admirable arquitectura vital, por encima de la sentencia délfica, que en la edad inmadura le recordó que cada cual debe aprender a organizar el caos que lleva en su interior, ateniéndose a sus reales necesidades, es decir volviendo al centro de sí mismo.

Un escritor satírico afirma que en el Hombre del 80 no se cumple la ley de la gravitación. Efectivamente: cuantas veces cae, se levanta para subir más alto. Sus caídas, que son muchas, lo ascienden siempre a situaciones superiores, porque la conciencia de sus contemporáneos es vencida finalmente por su grandeza moral. Esta ley, que es inalterable en su vida, lo lleva en repetidas ocasiones del patíbulo a la dirección de una comunidad; y lo conduce finalmente, de la derrota en el campo de batalla, a la presidencia de la república.

La predicción se cumple con inexorable acierto. De la deliberada y maliciosa oscuridad en que lo sumieron la política de su tiempo y los petulantes historiadores de su patria, creyendo haberlo hundido definitivamente en esa caída fatal que los hombres preparan a los hombres, cuando el mérito ajeno obstruye su propia senda, Campero vuelve a erguirse más alto que nunca, por un secreto designio que rompe el término del sepulcro, para cernirse en el cielo boliviano como símbolo del más puro patriotismo.

Campero o el deber. Fulge la ley moral en el cielo estrellado de Kant. Hoy como ayer el precursor abre la ruta del futuro, con esa mano que venció al destino y nos dio acceso al mundo resonante de la conciencia nacional.